Xero grados, ni frío ni calor

armando jaleo

Capítulo 1¡Bienvenidos a Armando Jaleo Entertainments y sus gilipolleces sin igual! Como ente incórporeo que soy, daltónico y arzobispo de la bella localidad malagueña de Pollo Pelao (¡¡Que por cierto, estoy en la lista de nominados a Papa!! ¡Ya me imagino con mi toga blanca en plan soldado de asalto de Star Wars, con mi báculo a modo de fusil de rayos!), pues me queda mucho tiempo libre, y como ya no me aguantan ni en mi casa, me han comprado un ordenador para que me entretenga.....Y bueno, ya que estoy, que mejor que los pardillos de *Megustaecribir.com* para que aprecien mi incomprendida y particular visión de las cosas...¡Sí, sí, agarraros!

Capítulo 2

Amelie
Desde mi más tierna infancia frecuentaba con asiduidad aquella extraordinaria ciudad. Mientras Astérix se encargaba de transmutarla como Lutecia, Gergovia o la aldea que siempre resistió al invasor, Tintín prefería dotarla de aires más sofisticados, transformándola en Saint-Tropez, Chicago o Shangai. Lo que desconocía por completo es que la ciudad de mis sueños tuviera nombre. Mis abnegados profesores de los Maristas me lo revelaron. Con rostros resignados balbuceaban para sí mismos "*Madre mía, siempre está en la inopia*" Inopia. Qué gran nombre. De hecho en mi coche, en vez de tener adherida una pegatina de "*I love Málaga*" o "*I love Andalucía*", tengo una donde se lee "*I love Inopia*". Inopia era un lugar que podías visitar siempre que lo desearas. Si tu madre te pegaba una bronca, que mejor momento que dar una vuelta por Inopia. Menudos paseos me daba con Milú por las calles sembradas de minaretes de Klow, capital de Sildavia. Mi madre, curtida en mil batallas, consciente de que su hijo en aquellos momentos no pertenecía al mundo terrenal, formulaba la sentencia que arrastraba inevitablemente a la tragedia "*Repíteme lo que te he dicho*". Inmediatamente un terremoto de proporciones titánicas se cebaba con mi ciudad. Abismales grietas kilométricas se abrían paso velozmente por las avenidas, mientras interminables edificios resquebrajados se precipitaban brutalmente contra el suelo. Los inopianos y yo, con nuestro fez en la cabeza, tratábamos de huir de tanta devastación, aunque los sildavos terminaban por difuminarse para dar paso irremediablemente al semblante circunspecto de mi madre. Un tifón de consecuencias cataclísmicas, plagado de clamores al cielo tales como "¡¡*Por los clavos de Cristo*!!" y "¡¿*Dios mío, pero qué es lo que estoy criando*?!", iba a desencadenarse.
La capacidad de absorción de Inopia es tan alta, que inevitablemente arrastra a todo el que te rodea, haciéndoles partícipes, sin proponérselo, de auténticas películas. El otro día un primo mío, me ilustraba frente a la barra de un pub, sobre los apasionantes entresijos de las hipotecas, el Euríbor y los créditos bancarios. A los pocos segundos de iniciar su argumentada disertación financiera ¡Zas! ¡Ya estaba otra vez en Inopia! Una racha de aire marino y bien contaminado me sacudió de improviso. La barra ya no era una barra, sino el puente de Brooklyn, y los cubatas adoptaban formas de camiones, furgonetas, coches y taxis amarillos. Todos estaban detenidos entre un ensordecedor enjambre de pitidos de claxon. Mi primo era ahora un veterano agente del Departamento de Policía de Nueva York, que me contenía arguyendo que "*Las hipotecas concedidas por bancos se…No se puede acceder a Manhattan...Íbex 35…Ha sido invadida por los extraterrestres…en el portal inmobiliario*." No pude evitar levantarme ligeramente el jersey en aquel bar, para demostrar con mi atuendo interior, que en realidad era Spiderman y que podía dejar la ciudad en mis manos.

Mi novia es una estrella cinematográfica habitual de mis sueños. Imagínense la siguiente escena de acción. Repanchingado apaciblemente sobre mi sillón, un lejano eco me dispara como un resorte "*¡No tiene mierda la casa ni ná!*". Mi mente automáticamente me tele-transporta a un contexto en consonancia con la tensión que sugiere el ambiente. Estoy en la penitenciaria de Alabama, en plena "*La milla verde*". Soy un fornido hombre de color confinado en una silla eléctrica, inculpado por un crimen que no he cometido, aunque afrontando con admirable resignación y valor el fatal desenlace. Mi novia es un funcionario de prisiones situado junto a la palanca de conexión. De repente, una espantosa amenaza articulada por el impasible funcionario, proporciona una nueva vuelta de tuerca a los acontecimientos "*Le hace falta una buena mano de pintura al piso*". *John Coffey* era un gran tipo, pero no reúne los tintes épicos que requiere el momento. Abato un poco más el respaldo de mi asiento, transfigurándose ahora en un potro de tortura, a la vista de una jauría exaltada de plebeyos en pleno Londres del medievo. Sí, se trata de "*Braveheart*". Reconozco una presencia familiar en el verdugo que me escolta. El matarife arrima sus labios a la oreja de mi maltrecho cuerpo, susurrando la definitiva sentencia de muerte "*Voy a preparar dos bocadillos, que mañana se nos va a hacer el día muy largo en el Ikea*". Sólo puedo reaccionar de una manera posible, tal como lo haría *William Wallace*, vociferando al viento " *¡¡¡Libertaaaaaad!!!*".

Un elenco de lujo lo componían mis profesores de la facultad, sobre todo aquellos sufridos becarios que nos colocaban a las cuatro de la tarde ¡Cuántos papeles estelares han interpretado! Recuerdo cuando en pleno junio nos llevaron de excursión al campo. En las proximidades del pueblecito de Bérchules, nuestro anciano y apocado maestro Don Severino Carrascosa, golpeaba persistentemente mediante un pico de geólogo (a pesar de que el hombre ya no estaba para muchos trotes) una roca de mármol, con la intención de desgajar una pequeña muestra con la que aleccionarnos. En Inopia el escenario era muy distinto, en realidad no era un pico, sino un látigo con el que, el hercúleo y apuesto Severino Carrascosa, flagelaba frenéticamente a cuatro espléndidos corceles blancos que tiraban vertiginosamente de su cuadriga. Mis compañeros y yo atiborrábamos las gradas del Coliseo romano jaleando su nombre. Desde aquel día, nadie más lo conoció como Severino, ya que se encumbró como una leyenda viviente, nada menos que el Ben-Hur de Bérchules.

Era muy difícil mantener un control estricto de mis facciones mientras divagaba por Inopia. Era inevitable esgrimir una sonrisa, arquear las cejas o emitir algún sonido gutural. Normalmente esto no suponía un inconveniente, gracias a la complicidad de mis amigos o familiares, o al amparo de la aglomeración de las clases. El problema surgió después, durante un Master que realicé en Madrid. Había una asignatura insufrible llamada "*Mecánica de los suelos semisaturados*". Únicamente éramos seis en un aula diminuta. Era imposible evadirse mentalmente. El profesor reclamaba continuamente mi atención con sus diabólicos ojillos de hiena. No había escapatoria……hasta que me fijé en él. Se sentaba en el otro

extremo del aula. Bajito y cabezón, se ocultaba tras unas amplias gafas de empollón. Observaba fijamente al profesor con un gesto de plena concentración, mientras asentía con seguridad la cabeza. Cuando posteriormente nos dirigíamos a los comedores, le abordé e imploré que me revelara como lograba atender. Su respuesta fue como una fusta que chasquea al estamparse violentamente contra el suelo. "*¿Atender? En realidad me paso todas las clases, imaginándome a las tías de mi pueblo en pelotas*". ¡Aquel era en verdad el maestro zen de la inopia! Había tenido la oportunidad de conocer un genio……y no iba a desaprovecharla. Le supliqué que me adoctrinara. Tras sentarme a su lado durante unos días, logré imitar perfectamente sus pautas de comportamiento. La coordinación era total. Asentíamos a la vez, buscábamos la página de un libro a la vez, señalábamos una fórmula escrita en la pizarra a la vez…..y todo mientras me deleitaba con los maravillosos mundos que me brindaba Inopia. El último día de clase decidí visitar el pueblo de mi mentor. Mientras con el rabillo del ojo percibía como mantenía su gesto serio e inescrutable, creí verle en una vasta plaza, brincando desaforadamente entre una congregación ingente de bellas jovencitas desprovistas de ropa. Cuando las realidades que os ofrezca el mundo sean desalentadoras o provocadoramente tediosas, no dudéis en refugiaros en Inopia. La reconoceréis por que está suspendida sobre un manto denso de nubes, y porque posee el zoo con mayor variedad de musarañas que hayáis visto en vuestra vida. Los inopianos, ajenos a la crisis, os acogerán con los brazos abiertos. O si no, siempre nos quedará Babia……

Capítulo 3Pues para variar, no voy a escribir ninguna gilipollez significativa en este post, de esa os vais a librar (aunque sólo por esta vez)!!! Quería comentaros que ya está disponible una novela que acabo de escribir, en la siguiente dirección:

Se llama "El Ladrón de Tormentas: Diez días" y corresponde a la primera parte de la trilogía "El Ladrón de Tormentas". Su género se aparta un poco de la tónica general de este blog, ya que trata del mundo de los superhéroes con Málaga como escenario de fondo (aunque bien pensado suena bastante surrealista!!!). A continuación os adelanto la sinopsis del libro (se valorarán las votaciones y los comentarios con efusivos golpes de mi puño sobre mi corazón, un sincero "¡Gracias, amigo!" y alguna furtiva lágrima propia de la emoción.....Hombre, dinero, lo que se dice dinero no tengo mucho, pero siempre os podría invitar a unas cañas!!):

En la ciudad de Málaga, allá en los cielos, oculta entre un pequeño aglomerado de nubes, permanece desde tiempos inmemoriales, una pequeña e inmaculada burbuja, morada de aquel hombre que se hace llamar el Eremita. Sucio y ataviado con prendas de otra época, el enclenque barbudo, condenado a perpetuidad a contemplar la ciudad en cuclillas, a veces se permite un poquito de envidia. Sin dudarlo, daría su vida por caminar entre los habitantes de la ciudad, aunque sólo fuera por unas horas. Aunque hoy quizás, 1 de marzo del 2027, su sueño se cumpla en parte, cuando un misterioso individuo, conocido como D. Abel, el Impecable, oriundo de un país y cultura olvidada, lo encuentre tras cientos años de búsqueda, derribándole de su ascético refugio al mundanal suelo, y desencadenando así una serie de infortunios que no tardarán en sumir al mundo en el más absoluto de los caos. Sucesos como la proliferación de extraños poderes entre mortales de todas las edades y condiciones, como en Elías Uribe, joven angustiado por su reciente despido, su terror a las tormentas y su ruptura con su adorada Lucía, arrastrado muy a su pesar por la sagrada misión que obsesiona al Eremita, y poseedor de un arcano secreto que amenaza con sumirlo en la locura, o como en Elena Walcott, marcada a hierro por una antigua tragedia familiar, y conocida en el mundo empresarial como Muñeca de Porcelana por su aspecto frágil, contrapunto de su inagotable ansia de supremacía, o como en Gimeno,

sencillo ganadero de la comarca de la Axarquía, poseedor de un incomprensible poder, capaz de alterar la realidad desde sus cimientos, o como en Lorenzo Rosmalló, frustrado tanto como profesor de instituto como creyente, y amante de los musicales, que asumirá la identidad de una primigenia entidad, dispuesta a aniquilar todo vestigio de vida. Aparte, una tenebrosa criatura llamada Ángel Negro, aparente conocedor de la trama oculta de la historia, decide abandonar las sombras para martirizar a los protagonistas de este relato, y sobre todo, para demostrar su odio más profundo a Elías Uribe, al que se obstina en acusarlo como el Ladrón de Tormentas….y todo durante el transcurso de diez días, en lo que con la colaboración de otros personajes, cómicos como Julián, Rober o los inefables Carrascosa, trágicos como Niño Muerto, o siniestros como Gréndel, los Amantes Góticos, el Cenachero de Hojalata o los Cuatrillizos, se encauzará el hilo argumental hasta el clímax final, día de Xiuhmolpilli, donde, tras una batalla épica desatada sobre Málaga, nadie, absolutamente nadie, estará preparado para la increíble revelación final…

Capítulo 4Soy perfectamente consciente de que el establecimiento del que voy a hablar, puede herir ciertas sensibilidades, aunque sinceramente, cada vez que entro en un sitio así, me supone un ejercicio continuo de gozo…..Y por que no, alguien tenía que decirlo, el edén no debe de distar demasiado de……¡Los bares alicatados!

Sí, amigos, sí, me refiero a esos bares entrañables que conforman el corazón de nuestra ciudad de Málaga, alicatados en su interior con azulejos de cuarto de baño de los años 70, con tonos tan alegres y vivos, como el marrón oscuro o el verde pizarra. Si quieren experimentar, al igual que los héroes de las novelas de ciencia ficción, lo que se siente al saltar a una dimensión desconocida, sólo tienen que empujar su puerta acristalada y adentrarse. Por favor, háganlo con suavidad, para que así puedan percibir el leve y fascinante patinar al que son sometidos sus pies, por corpúsculos duros y resbaladizos ¿De qué extraordinarios artilugios se tratarán? Pálpenlos o intenten identificarlos por el sabor…¡Exactamente! ¡Huesos de aceitunas!…Menudo filón para cualquier entendido del aceite…..cuantas temporadas de recolección podrían reconocer a simple vista…..cuantas variedades de olivas, desde *cornicabra*, pasando por *hojiblanca* hasta *verdial*….en fin, cuanto deleite botánico concentrado en apenas tres metros cuadrados de losetas ¿Y qué son esas simétricas astillas, propias de un experto artesano carpintero, impregnadas con irisaciones verde mar, que acompañan a los huesos en su incierta distribución? Les daré una pista: han recorrido con precisión quirúrgica la fisiografía de cientos de encías ¡Efectivamente, son palillos! Suficientes para que, *François Pignon*, protagonista de la película "*La cena de los idiotas*", pudiera forjar un

magnífico *Taj Mahal*.

La barra…el microcosmos……..cúmulo de maravillas sin fin….Al adherirnos a ella, dos carteles de Semana Santa pegados a la pared y escoltando entre ellos, al hueso del jamón colgante, son lo primero que nos reclama la vista. En cada uno, retratados, la imagen de un Cristo y una Virgen respectivamente. Atención. Preparémonos para maravillarnos con un nuevo truco de prestidigitación, propio del infinito repertorio que nos reserva este mago alicatado. El artista gráfico, en su afán por desencajar y demacrar sus rostros hasta el límite del calvario, logra alterar de tal forma sus aspectos, que si sustituyésemos sus togas y coronas por unas coloridas prendas deportivas, más bien nos recordarían a ciertos individuos que escupidos del polígono, nos solicitan con sus manos implorantes, 50 céntimos "*pa un cafelito*" ¡Desenlace sobrecogedor!

Bajo el hueso del jamón, descubrimos un artículo de fantasía. Un verdadero calidoscopio lácteo. Nada menos que una tarrina de mantequilla "*Zas*" de pigmentaciones cambiantes, concebidas por continuos repellones parduscos, negruzcos y verdosos, propinados por el sempiterno cuchillo de mango de plástico.

En ese instante, nos percatamos de que alguien situado en el otro extremo de la barra, nos vigila detenidamente. Se trata de un vejete abrigado con una rebequilla, apoyado en una muleta, y con un ducados descomponiéndose entre sus dedos. Nos escanea de arriba abajo, desentrañando nuestra alma, quizás a través de la verruga que sobresale de su frente, a modo de tercer ojo astral. Detrás, su fiel compañero el lotero, con restos de zurrapa en las comisuras de los

labios, enfundado con el chándal del Real Madrid y una riñonera, y con los boletos sujetos a su pecho, como si se tratara de una ristra de condecoraciones, le asiste en la tarea, mediante el empleo de unas impresionantes gafas del ultraespacio, compuestas por sendas lentes gruesas rectangulares que abarcan círculos concéntricos. Ya las hubiera querido *James Bond* para sí en más de una misión. Un pack integrado por dos copitas con agua y coñac/aguardiente (según la preferencia de cada uno) aguarda en la barra a cada celoso agente de la Interpol. Una divertida musiquilla interrumpe la tensión del momento. Procede de una maquina tragaperras situada junto a la entrada. La melodía es tan pegadiza, que tentados estamos de arrancarnos a bailar con el de la verruga y el lotero ¡Si se decidiera a pasearse por nuestro bar *Georgie Dann*, que provecho le sacaría para elaborar nuevas refrescantes canciones del verano!

Pero no todo es jolgorio y desenfreno. El contrapunto justo de gravedad lo aporta el informativo de *Canal Sur* , emitido desde un rincón del techo, por un legendario clásico de la tecnología audiovisual. Un televisor *Elbe*. Podríamos realizar un ejercicio de imaginación, intentando reproducir las situaciones tan variopintas acontecidas en el bar, propiciadas por las cotidianas retransmisiones proyectadas por el Elbe. Empleemos para la recreación a nuestros dos simpáticos colaboradores. Telenovela de sobremesa. Imaginemos al de la verruga y al lotero, en la misma postura y con la misma guisa que he descrito anteriormente. Una lágrima se desliza furtiva bajo una lente del lotero. Partido de fútbol. Esta vez, en similar posición e indumentaria, el de la verruga abre la boca mostrando su dentadura comprimida, con coloraciones a juego con las tonalidades verdosas de los palillos, mientras el

lotero dilata sus labios a modo de trompeta, para espolear, con un hábil y bien merecido improperio, a un jugador más listo de la cuenta. Y por último, las doce campanadas. Persiste la pose, la rebequilla y el chándal, aunque ahora rematados con un retozón gorrito de mareantes espirales y colores chillones, tres papelitos de serpentina en cada hombro, y, por supuesto, suplantando el agua de una de las copitas por champán.

Y para el final he reservado el colofón de la fantasía alicatada. Antes de retirarnos de este mundo repleto de prodigios, hemos de visitar el onírico a la par que majestuoso cuarto de baño. Adentrémonos sin miedo. Una vez expelido un largo ¡Ooohhhhhhh!, analicemos fríamente sus dos particularidades más sobresalientes. La primera es el interruptor de la luz. Fijaos bien. Es el epicentro del bar. Ahí es donde se concentra toda la esencia de nuestro épico establecimiento ¿Por qué? Pensad, pensad……Toda la clientela antes o después debe entrar ahí, y para llevar a cabo sus necesidades sin contrariedades, han de encender la luz. Es decir, en ese espacio tan reducido, se concentra el aceite, la manteca colorá, los chicharrones, etc, en definitiva todo el menú abastecido por las manos de sus ilustres asiduos. La riqueza gastronómica elevada al cubo. Y cuando han de apagar la luz, bueno, en fin, aderezan el interruptor con las mismas sustancias, sin embargo ahora sabiamente transformadas por nuestro poderoso aparato digestivo. La segunda particularidad es la capacidad volumétrica del propio cuarto de baño. Es pequeña ¿Verdad? Si empleamos de nuevo a nuestros eficientes camaradas como patrones de medida estándar, comprenderemos mejor su dimensión real. El impertérrito tío de la verruga es bajito, delgado y fibroso. No tendrá problemas para desenvolverse en su

interior. Podemos calcular, grosso modo, que en el baño pueden caber hasta 1,3 tíos de la verruga. En cambio, el jovial lotero, es grande y orondo. Sólo cabe un 80% del lotero. Inevitablemente, para evacuar, tendrá que dejar la puerta entreabierta para desplegar las piernas, o sacar medio culo fuera, según sea el caso. Aunque bien pensado, esto no supone ningún contratiempo en absoluto. Cuando un intruso decida invadir la privacidad del baño, la rúbrica de un voluminoso medio culo emanando de la habitación, le hará retractarse de inmediato de su impulso.

Aunque pudiera darse el caso de que, entre coñac y aguardiente, surgiera la chispa y tras declamar *¡Oh, l´amour, l´amour!*, tal como lo hacía continuamente la enamoradiza *condesa Flora* del clásico "*Mujeres*", el de la verruga y el lotero decidieran, digamos, mantener relaciones incestuosas en el cuarto de baño. Doblarían la capacidad del lavabo, y como supongo que no comparten las dotes de los contorsionistas, y que además querrían mantener su intimidad a salvo, no les quedaría más remedio que recurrir al biombo, ocultando así sus sutiles inclinaciones. Me refiero al biombo que delimita la zona bohemia de la barra, con el espacio meticulosamente ordenado del comedor, habilitado para la clientela más VIP, distinguidos con su botella de tinto y de Casera, y por supuesto su tapita de altramuces, cuyas cáscaras también insuflan de vida el suelo. Aunque esa ya es otra historia.

Ahora sí, despidámonos de nuestro bar, de esta experiencia irrepetible y alicatada. Pero recordemos, que la especulación inmobiliaria que asola nuestra ciudad, amenaza con aniquilar estos vestigios de solera y autenticidad. Así que, colaboremos con *Greenpeace*, para que además de ¡Salvad a las ballenas! y de

¡Salvad el Amazonas!, se promueva con ímpetu y tesón, alzando los puños al aire, el ¡Salvad a los bares alicatados!

Capítulo 5En mi afán por desenmarañar la complejidad de la vida, aquí os desentraño uno de mis últimos logros: agrupar la extensa filmografía española en únicamente dos categorías. En la primera he incluido las películas….por expresarlo de una forma sutil……aptas para afeminados, sí…….por lo que dado mi sobrenatural índice de testosterona, obviaré este grupo y rehusaré a manifestar cualquier tipo de comentario, con la intención de no herir sensibilidades de nadie…que expela fluidos de carácter oleico, naturalmente.

Por lo tanto, aclarada esta cuestión inicial, pasemos a la segunda categoría. En ésta incluyo el cine patrio con letras mayúsculas, santo y seña de nuestra esencia jamonera y panderetera. Dentro de esta caterva de películas indispensables para el desarrollo de nuestras capacidades sociales, la forja de conversaciones eruditas y la toma de decisiones cruciales en las encrucijadas que nos depare la vida, he diferenciado a su vez dos grupos. El criterio empleado en este caso, es más certero si cabe que el de antes. Se basa en los apelativos más comunes, empleados por nuestros sentimentales críticos nacionales, para calificar los filmes. En el primero integraré a los distinguidos con un "*Sólo para incondicionales de…*", y en el segundo a los designados con un "*Engendro esperpéntico*…" o " *Subproducto*…". Sin más dilación comenzaré con mi disertación cinéfila.

A) "*Sólo para incondicionales de*….."

Esta categoría corresponde a las películas protagonizadas por los más insignes virtuosos de la interpretación entre los años 40 y 70. Me referiré a:

- "…….*el inefable Paco Martínez Soria*".

Nada menos que el rey de reyes. Cuando oigo su nombre, automáticamente mi cuerpo se contorsiona esbozando una pequeña reverencia. Ni Bruce Lee, ni Maradona, ni Michael Jordan, ni leches…en mi infancia no admiré a nadie tanto como a Paco. La violencia era el único medio efectivo para obligarme a desprenderme de mi boina, garrote, chaleco negro y otros ornamentos cerriles. Continuamente me paseaba con tal guisa por los pasillos de mi casa, peripuesto además, con una maleta de la posguerra que guardaba celosamente mi madre en lo alto de un armario (a la que ataba una cuerda alrededor) y un cesto del pan, sobre el que emplazaba un peluche de un pato a falta de gallina. Mientras, intentaba reproducir ese gruñido entrecortado cuando asentía, o esa risa grave y pausada cuando contemplaba una mozuela de buen ver.

Humor reaccionario o antediluviano lo llaman, sí, sí, sí….Menuda panda de hipócritas. El siglo XXI, cobijo de los valores de la igualdad de género, la atención a la diversidad, la integración multicultural y palabrerías similares, nos complace con ilustrarnos, casi a diario, en nuestra programación digital de última generación, con la filmografía completa de nuestro entrañable Paco. Por encima de cualquier otra emisión televisiva, es el espacio más demandado.

Admitámoslo, esos gags son incunables de la historia del cine. Esa mueca recurrente, conformada por una apertura torcida de boca mostrando la dentadura comprimida, y los ojos de bolilla (foto de arriba), que adoptaba cuando por ejemplo se recreaba en el refajo negro que sutilmente sobresalía bajo el vestido de Florinda Chico, a la vez que ésta cambiaba de marchas

obscenamente en "*Abuelo made in Spain*", o cuando por ejemplo admiraba las fastuosas posaderas de la enfermera al agacharse en "*El abuelo tiene un plan*", es definitivamente la genialidad a la enésima potencia (Descomunal secuencia de zoom-in desde las nalgas de la gachí hasta el rostro encendido de Paco atiborrando la pantalla, dirigida por el incomparable maestro Pedro Lazaga. Se dice que el incapaz de Stanley Kubrick, tras visionar dicha escena más de cien veces, intentó emularla en su vanagloriada "*Barry Lyndon*" sin éxito). Es el arte hecho gesto. Es la apoteosis inconmensurable de la actuación. De sólo rememorarlo se me eriza mi recio vello dorsal. Alumnos del "*Actors Studio*" han requerido ingenuamente a sus instructores Robert de Niro y Al Pacino, que intentaran emular la "*Illuminated face*" (Lo que equivale en cristiano a "*El rostro del iluminado*", por su semejanza con la supuesta expresión esgrimida por las niñas de Fátima o Lourdes ante la manifestación de la aparición. Así es el fervor que despierta Paco entre los norteamericanos). Los grotescos aspavientos y mohines perpetrados por Robert y Al, amenazaron con deportarlos de Hollywood para siempre. Jack Nicholson también quiso probar, aunque desgraciadamente, a causa de sus facciones más propias de un degenerado, la policía lo detuvo al instante. Por otro lado, dicho gesto es sintomático, más que del deseo libidinoso que nos provocan las sinuosas curvas, de una especie de exaltación cuasi-mística por el sexo femenino ¿Un ramo de rosas? ¿Un viaje a París? ¿Una gargantilla de diamantes? Frivolidades una detrás de otra. Dirigiéndome a las damas, no concibo mejor regalo para el día de San Valentín que la "*Illuminated face*" enmarcada en un portarretratos, para que Paco os contemple desde la mesita de noche como os merecéis.

Indudablemente nuestro Paco rezumaba una virilidad desmedida por todos los poros de su piel. Una impetuosidad de la que ya dejó constancia, con boina y bañador, en "*El turismo es un gran invento*", donde como un toro de Mihura amenazaba (retenido a duras penas por dos reporteros) con embestir sobre la llamativa sueca abrazada cariñosamente por José Luis López Vázquez, elegido éste para inmortalizar la efigie del macho ibérico durante una sesión fotográfica. El motivo no era otro que exigir el relevo inmediatamente, increpándole su carencia de ardor guerrero, exponiéndonos así los españoles, a ofrecer una lamentable imagen en el extranjero ¿Se imaginan a los barbilindos de Brad Pitt o Hugh Jackman en un papel similar? No habría boina suficiente para absorber tanta tensión materializada en forma de sudor, ni colores suficientes en el bañador para enmascarar tanta mancha cobriza.

Y ya que he iniciado el curso de las comparaciones con el celuloide americano ¿Por qué no proseguir? Así demostraré el insondable abismo que se cierne entre ambos ¿Qué escena evoca más exotismo? ¿La frívola Elizabeth Taylor posando sumergida en leche de burra en la película "*Cleopatra*", o la magnificencia de los tam-tam bramando al paso de un hombre de color, adentrándose en el chalet de Paco, dándole a éste a continuación el susto de su vida (y más aún cuando se entere de que pretende ser su futuro yerno!), en "*Es peligroso casarse a los 60*"? ¿Qué cita cinematográfica es más ensoñadora? ¿La inexpresiva "*Siempre nos quedará Paris*" en "*Casablanca*" o la inquietante " *Alejandro es un degenerado. Sólo se junta con drogadictos y maricas*" en "¡*Vaya par de gemelos*!"? ¿Qué título es más sugerente? ¿El petulante "*El sueño eterno*" o el sobrecogedor "*El Calzonazos*" (Deléitense

pronunciando este título muy espaciosamente, saboreando las zetas de una en una. El efecto es fascinante)?

Revisen la filmografía al completo de Billy Wilder o de los Hermanos Marx si les apetece, aunque les asevero que no encontrarán ni un solo gag a la altura del antológico *chiste del catapum* en "*Don erre que erre*", o la abrumadora imagen tomada a través de la oquedad de una escultura abstracta, donde se percibe a nuestro protagonista, apoltronado sobre un sillón, con el traje claro y raso empapado de manchas de huevo frito en " *El alegre divorciado*", o la escena donde el reverendo Paco pretendía infructuosamente propiciar el cuarto sacramento a una beata en el interior de un confesionario, trasladado constantemente de un sitio a otro, por dos albañiles durante la reforma de la parroquia en "¡*Se armó el belén*!".

Lamentablemente, a pesar del rigor de las pruebas presentadas, la inmensa mayoría de la crítica internacional no valora lo suficiente la impecable factura técnica que identifica la cinematografía "*Soriana* ". Por esto, mi amiga Magdalena y yo, hemos creado en Granada la plataforma y club de fans "Paco forever!". De esta forma queremos reivindicar la figura de Paco, genio adelantado a su época y precursor de unos valores tradicionales más que recomendables. Además, exigimos la proyección inmediata en las salas de cine españolas, de sus mejores películas en 3D……Les aseguro que cuando visualicen la "*Illuminated face*", o el cacho de hostia con el que reprende, más que acertadamente, al pelanas de su nieto, abducido por la depravada moda yé-yé ("*Abuelo made in Spain*"), en tres dimensiones, ya nada será igual.

- "…….*el pertinaz Manolo Escobar*".

Si Tom Hanks simbolizaba el americano medio, Manolo Escobar hacía lo propio con el español de los 60. Obviamente en este caso, las diferencias son también infranqueables. Si el ganador de dos Premios Óscar se define por una hiriente insipidez, el trovador de "*La minifalda*", justamente por todo lo contrario. Efectivamente, Manolo era mucho Manolo. Lo que se dice un hombre de una sola pieza, con una sonrisa propia de galán hollywoodiano, sempiterna raya capilar perfectamente alineada, y chaquetilla de generosas solapas. Decente y cristalino de los pies a la cabeza, y consagrado con un salero y garbo desbordante, del que hacía gala en las situaciones más variopintas (genialmente ideadas por los hábiles guionistas de la época). Resistirse a sus encantos era misión imposible.

A pesar de su alma benévola y caritativa, no se dejaba amedrentar por los poderosos o la femme fatale de turno. Lo comprobamos en sus películas: a "espabilao" no le ganaba nadie. Por muy de Massachusetts o algún sitio así que fuera el fulano, rara vez era capaz de tomarle el pelo (o quebrar su raya inmaculada), devolviéndosela además, el intérprete de "*Mujeres y vino*", con creces.

Otro aspecto que nos deslumbraba de su apabullante personalidad, era su habilidad para rectificar sobre la marcha, pequeños deslices dialécticos. En "*Todo es posible en Granada*", con el objetivo de aleccionar a una guiri (que pretendía, con gran empeño, encaminarlo por el sendero de la vicaría) sobre su condición de sinvergüenza encantador, le expuso que " *Yo tenía que haber sido moro*" en referencia a las opulencias y harenes de concubinas y odaliscas, que

rodeaban a los majestuosos sultanes de antaño. A tal afirmación prosiguieron unos angustiosos segundos de silencio, en los que Manolo recapacitó, y pareció intuirse que discurría "*¡A ver si se piensa que me identifico con los muertos de hambre esos*!", para finalmente aclarar enérgicamente "¡*Pero como los de antes!*".

- "…….*el incorregible Antonio Molina*".

A pesar de su aspecto de barrilete de pelo afro con voz aflautada, era por excelencia, el tipo duro del cine patrio. Con un registro chulesco-pendenciero, que ya hubieran querido para sí Humphrey Bogart o Clint Eastwood, amenazaba cada dos fotogramas con sacar la mano a pasear, en películas como "*El Cristo de los faroles*" o "*Malagueña*". Rezar o dejar de respirar, era lo más prudente cuando nuestro Humphrey decidía detener su mirada de talla siciliana sobre tu faz.

- "…….*las inconfundibles Pili y Mili*".

Si Woody Allen intervino en multitud de filmes acogidos con éxito, interpretando el mismo papel de neurótico-hipocondríaco, no menos es el inmenso mérito de Pili y Mili, que co-protagonizaron hasta diez películas enarboladas a partir de un guión idéntico ¿….Pili era Mili….o en realidad Mili era Pili? ¡Giro tras giro imprevisible amenazaba con descoyuntarte la mandíbula de la risa!

Sé que me dejo a otros prodigios de la farándula de la piel de toro, como Marisol, Joselito, Raphael, Rocío Dúrcal, Julio Iglesias o Peret, pero es que otra constelación de estrellas me aguarda impacientemente en el siguiente apartado….

B) "*Engendro esperpéntico…*" o "*Subproducto…*"

Engendro esperpéntico….¡Cuántas arduas cavilaciones y fogosidad poética implica la elaboración de tal atributo! Decididamente nuestros críticos no ofrendan tanto esfuerzo intelectual para el resto de la faramalla cinematográfica internacional, denominándolas con un escueto "*Bodrio*", o un desnutrido "*Solemne estupidez*". Es cierto, ellos son los primeros en reconocer nuestra preponderancia mundial en el cine genuino.

Un aluvión de películas, asombrosamente innovadoras, inundó las salas españolas tras el fin de la dictadura. Mujeres escuetas de ropa y situaciones inverosímiles nunca vistas hasta entonces (como Antonio Azores ataviado únicamente con unos calzones anchos, oculto tras una cortina de lino marrón estampada con flores campanillas, de un bigotudo marido extrañado por la presencia de una sospechosa camiseta imperio arrojada sobre el tocador), nos cautivaban sobremanera ¡Menudos desfiles de sex symbols nos aguardaban sobre las camas de los sofisticados apartamentos marbellíes, retozando con las alemanas! Juanito Navarro, Quique Camoiras, Arévalo…. Despedían a raudales puro magnetismo animal, a la altura del mejor Mickey Rourke, en películas como "*Nueve semanas y media*" o "*El corazón del ángel*". Aún hoy, pósters sazonados de aquellos torsos esculturales hispánicos, siguen decorando, confundidos entre las manchas de grasa, las paredes de los talleres de las mecánicas y las cabinas de las camioneras.

El legado que difundieron fue tan extraordinario, que actualmente se considera un signo irrefutable de la madurez femenina, el rechazo a Justin Bieber y la

consiguiente fijación por los elásticos glúteos lechosos de Pajares y Esteso, en pleno salto del tigre o desde la ventana de sus amantes.

No querría antes de acabar, de olvidarme de otras obras maestras, enmarcadas en esta categoría, como "*El soplagaitas*", "*El erótico enmascarado*" o "*Agítese antes de usarla*" de Mariano Ozores, o "*Mujeres en el campo de concentración del amor* ", "*La chica de las bragas transparentes*" o "*Las tribulaciones de un Buda bizco*" de Jesús Franco.

Para un futuro artículo me gustaría proponer el siguiente tema: la censura franquista. Vocablo mal empleado, porque en verdad supuso la maquinaria más eficaz e implacable de enriquecimiento artístico existente hasta la fecha. Si "*Mogambo*" nos ofrecía una pueril historia en la que Clark Gable cortejaba a Grace Kelly, casada con Donald Sinden, la censura, sin ningún tipo de tapujos, convertía a los esposos en hermanos, transmutando una tópica trama de adulterio, en un apasionante thriller de incestos de tres pares de cojones ¡Supera eso, Hollywood!

Capítulo 6

Esta humedad tan pegajosa se está haciendo insoportable ¡Madre del amor hermoso, no puedo parar de sudar! Y encima, apenas puedo moverme sin tropezar con algo, por culpa de la penumbra que ahoga este angosto lugar.....Aunque se me ocurre una idea…….Si os relato el extraño cuento de terror que me ha llevado hasta aquí, quizás se me haga más llevadero el sudor y fluya más raudamente el tiempo…..

Durante diez largos segundos permanecí inmóvil contemplándolo, aún a sabiendas de que iba a llegar tarde. Su destartalado aspecto de tetrabrick tenía algo inquietante. Es cierto que dicho diseño es muy común entre los desangelados edificios que nos oprimen en la Costa del Sol, aunque sin embargo, sus amplios ventanales entintados de blanco lechoso no eran nada convencionales. Brillos y reflejos mortecinos, forjados por el efecto del sol, impresionaban mis retinas, rescatando viejos miedos olvidados. Un punzante y escalofriante presentimiento me constriñó a detenerme de nuevo frente al portal acristalado.

Ya dentro, el aire acondicionado era anormalmente frío. Además, el implacable blanco, también había usurpado el interior. Ni el techo, ni el suelo, ni los muros, ni las columnas, nada, absolutamente nada se había resistido a la opulencia del manto níveo. Sólo una carpeta de cartón marrón destacaba sobre el mostrador de la entrada. Junto al hall, delimitado mediante una barandilla, se configuraba un patio interior cuadrado, que comunicaba la primera planta donde me encontraba, con la segunda y última, y con un profundo sótano iluminado por la luz solar proveniente de una amplia claraboya cóncava, dispuesta en la cubierta del edificio.

Ya eran las 10:02 de la mañana, dos minutos sobre la hora acordada. Suponía que sería la hora del desayuno, porque no se veía a nadie por la recepción. Tal como mi irrisible economía había ido menguando en los últimos meses, era imperdonable que llegara tarde a mi propia entrevista de trabajo. De repente, se hizo sentir un fuerte repiqueteo de martillos en toda la estancia. Procedía del sótano del patio, así que con las esperanza de hallar vida en aquel angustioso mausoleo, decidí asomarme por la barandilla. Justo antes de abordarla, percibí nítidamente en el aire, mi nombre. Alguien me reclamaba desde el interior de su despacho.

Tras empujar tímidamente una puerta entreabierta, un hombre de mediana edad recostado en un sillón, me invitó a sentarme en una silla situada tras su escritorio. Su impecable traje gris plata y corbata verde oscura de seda, delataba su alto rango jerárquico. Unas pequeñas gafas resaltaban sus ojos hundidos, mientras luchaban por aferrarse sobre sus diminutas orejas. Tras éstas se ocultaba el único reducto capilar,

firmemente fortificado, de su cuasi-despoblada cabeza. Las entradas eran tan osadas que juraría que se estaba adentrando en una nueva dimensión de la alopecia. En ese momento empaticé con él y pensé, con el corazón en la mano, que ojala los calvos de ese ignoto plano lo hubieran acogido con los brazos abiertos.

Mientras repasaba y confirmaba mentalmente, para mi alivio, la frondosa densidad capilar que caracterizaba a todas mis generaciones precedentes, comenzó a elucubrar con sus facciones sobrias y un tono sobrecogedoramente grave, un discurso sobre las excelencias del mundo empresarial, articulado con los tecnicismos más variopintos. Un cuadro de corte expresionista-abstracto, colgado a su espalda, llamó desmedidamente mi atención. La marea informe de coloridos tonos chillones que integraban el mismo, contrastaba con la extrema moderación y rectitud que emanaba del sujeto trajeado. Tras varios intentos frustrados estrechando mis ojos, sólo logré distinguir sobre el lienzo, una pareja de aliens con cabezas a modo de bocina, palpándose con las manos lo que parecía el sobaco. Con un ligero gesto de decepción volví a centrarme en la perorata. De repente me estremecí, ya que ahora divagaba sobre algo totalmente inconexo con respecto a lo último que presté atención ¡Si me hacía una pregunta estaba perdido! En ese momento fui presa de los nervios. Mis manos comenzaron a temblar, así que probé a desviar mi mirada de sus inquisitivos ojos, deteniéndola en un punto lo suficientemente próximo, para así sosegarme. El brillo que expelía su calva era un foco ideal y…..¿Qué era aquello que cubría gran parte de su cráneo? No sé cómo no lo había visto antes……parecía….no, era ¡Una enorme rodaja de salchichón! ¿Pero qué hacía allí?....

Después de estudiar detenidamente su cara, llegué a la conclusión de que era perfectamente consciente de su cárnica capota. Mi detallado examen visual de su coronilla no le pasó desapercibido. Tras un lacónico "", el discreto directivo se levantó de su asiento, para adentrarse en un pequeño cuarto contiguo. Presionado por mi curiosidad, deslicé sigilosamente lo suficiente la silla con ruedas sobre la que me aposentaba, para averiguar la clase de misteriosas maniobras que estaba consumando en el baño. Nunca había presenciado antes una escena tan insólita. Frente a un espejo, trataba de ajustarse y centrarse, con la mayor precisión posible, la rodaja sobre la lironda calva. Indudablemente quería causarme una buena impresión. Pasados dos minutos, volvió a incorporarse sobre su sillón con una mueca de complacencia.

Tal como sucede con los embutidos que aguardan sobre los platos de plástico, junto a las patatas de bolsa y frutos secos, a los comensales de los bautizos, el disco embuchado emprendió su deshidratación, endureciéndose y emanando pequeñas gotitas de agua. Éstas comenzaron a discurrir por su cogote hasta concentrarse en el cuello de la camisa. Desde ahí, un sutil chorro descendía por la manga de la chaqueta hasta empapar el papel que sostenía con la mano. Nada menos que mi

currículum. Ignorando la contingencia, proseguía con su discurso. Supongo que para él, era algo cotidiano. Ningún formulario, contrato o acuerdo se libraba de las destilaciones del salchichón.

Intentaba averiguar la razón de su tapete craneal. Puede que fuera el último grito entre los yuppies de Nueva York. Aunque seguramente allí se hubieran estilizado otros tipos de comestibles animales más congruentes con su idiosincrasia culinaria, como hamburguesas u hot-dogs. Este hombre, como buen patriota e innovador de la moda prêt-à-porter, quizás decidió adoptar una versión más castiza. Ya imaginaba como a diario, al abrir su vestidor, dudaba en adecentarse entre la lasca de jamón serrano, el cacho de morcilla de Burgos o la loncha de chopped con aceitunas.

Otra posible explicación es que se estuviera imponiendo, entre los hombres de negocios, una revolucionara alternativa a las pelotas antiestrés. Puede que los efluvios de la carne magra sobre el córtex cerebral aplacaran eficazmente las tensiones diarias.

O sin embargo…….Dios mío……la tercera razón que concebí me heló la sangre. Mi rostro se emblanqueció y las náuseas comenzaron a cebarse con mi sistema digestivo….¿Y si…? ¿Y si la política de la empresa obligara a los empleados a portar en su cabeza una considerable muestra de embutido? Sí, en el fondo sabía que me iban a escoger a mí para ocupar la vacante. Había superado unas pruebas previas y ya me habían anunciado que con casi toda seguridad el puesto sería mío…..pero….no a costa de hacer alarde de la riqueza gastronómica del país…Además, sentía una ciega fobia por los embutidos…acaso algún trauma infantil…i¿Y si la normativa se extendiera al plano no laboral?! ¿¡Cómo iba a soportar y disimular, perennemente, en espacios públicos, como en el cine o en las discotecas, o en los lapsos trascendentales de mi vida, como en mi declaración de amor o en el alumbramiento de mi primer hijo o en mis bodas de plata, los vapores y goterones de una ristras de chorizos soldados a mi cabellera!? Eran unas perspectivas horribles, acrecentadas por el hedor que empezaba a desprenderse de la rodaja de salchichón regada de sudor craneal.

Un pensamiento in extremis logró consolarme livianamente. El presidente de la compañía, azote de los calvos, exigía al personal alopécico disimular sus vergüenzas. Mientras trataba de engañarme a mí mismo con tan poco convincente argumento, alguien tocó con templanza a la puerta. Con la voz de "", repentinamente, mis nimias esperanzas se derrumbaron estrepitosamente como un fútil castillo de naipes. Un señor bajito y algo entradito en carnes entró portando un documento en su mano y reclamando una firma de Don Mario. Hasta ahí todo normal, si no fuera porque sobre su tupida mata de pelo moreno rizado, un magnífico huevo de campo se estaba friendo estridentemente. Mientras indicaba a Don Mario, con una pasmosa naturalidad, donde debía emplazar su rúbrica, el aceite chorreaba por sus orejas y mejillas, mientras se empañaban sus

cuadriculadas gafas de borde azabache con el calor desprendido. Con la boca abierta, no podía dejar de escudriñar su cabeza. Él, extrañado por mi insolente comportamiento, me observaba con el rabillo del ojo. Estaba perdido, el responsable de administración poseía una pelambre más frondosa que la mía.

Mientras me devanaba los sesos buscando una nueva y satisfactoria explicación, creí auscultar un "". Aturdido y descompuesto, sentí que mi nuevo jefe me agarraba por el brazo. Parecía que pretendía presentarme a mis nuevos compañeros. Las gafas…..a lo mejor el presidente aborrecía a los gafudos. Obviamente me resistía a afrontar mi espeluznante destino. Nunca me apeteció tanto acabar con mi vida como cuando salimos del despacho, ya que al fin conseguí advertir a los operarios que se afanaban en propinar martillazos a unas inocentes vigas metálicas dispersas por el sótano. Calvos, melenudos, con gafas, sin gafas, barbudos, forzudos, enclenques…..todos, absolutamente todos, cubrían su cabeza con coliflores, acelgas, matojos de tomates, puerros e incluso ristras de ajos. Apoyado en la baranda del patio intentaba recomponerme, mientras Don Mario saludaba efusivamente a otro jefazo, condimentado este, con una consistente plasta de chicharrones.

En una amplia sala a la que me escoltó mi embutido superior, saludé, una por una, a todas las administrativas mediante un estrechamiento de manos, evitando así los dos besos, y por lo tanto, impregnarme de las pellas viscosas de huevo que recorrían la curvatura de sus amelocotonados pómulos. Resignado y desorientado, me dejaba arrastrar por Don Mario como una marioneta.

Nos encaramamos al segundo piso, sirviéndonos de unas diáfanas escaleras blancas. Me anticipaba, que iba a gozar del honor de conocer al presidente. Se abrió una ceñidísima brecha de esperanza. Pensé que si trabajaba duramente y ascendía en el entramado jerárquico de esta absurda empresa, conseguiría librarme del yugo de los comestibles a lo largo de los años. Craso error. Enfundado en un suntuoso traje de Armani, el canoso presidente, ocultaba orgulloso gran parte de su cabeza, inclusive su ojo izquierdo, con una formidable y fresquísima pescadilla, tanto, que casi de un coletazo hubiera acabado abrazando la hermandad de los tuertos.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. En un ataque de pánico, emprendí la huída escaleras abajo, saltando los escalones de tres en tres. Entonces, sólo entonces, lo comprendí todo. El edificio blanco, el aire frío, los alimentos……..efectivamente, estaba en el interior de una mismísima……nevera….una enorme y horripilante nevera donde los comestibles se ordenaban por estantes. Abajo, los operarios en el cajón de las verduras, la administración en la huevera, arriba, los jefes en la repisa de los embutidos, y finalmente, en el compartimento superior, la carne y el pescado encarnado por el ufano presidente. Aunque yo….era

técnico….calculaba que debían ubicarme entre los estantes de las verduras y de los embutidos….¿Qué categoría gastronómica me correspondería?

Mientras me martirizaba con esta cuestión, encontré refugio en un cuarto sofocantemente lóbrego. Un tufo a comida recalentada me asaltó. Debía tratarse del comedor. Me dejé caer sobre una silla repitiéndome como un perturbado la misma pregunta “”….Y entonces, comenzó en una esquina, como un murmullo apenas imperceptible, que poco a poco fue cobrando fuerza, reverberándose progresivamente por toda la habitación hasta transformarse en un atronador eco que me martilleaba los tímpanos sin piedad….””. Procedía de una silueta atenazada entre las sombras que no contenta con su amenaza, prosiguió con sus provocaciones. “”. Temiéndome lo peor le inquirí “”. La misteriosa figura se prestó a intimidarme, mostrándome su siniestra fisonomía, mientras me revelaba la insostenible realidad. Apenas se le distinguía el semblante, ya que lo tapizaban grumosos borbotones de yogur con pedazos de frutas, que surgían continuamente de algún punto de su coronilla. Con una media sonrisa esgrimida entre un resto de ciruela pasa y otro de melón, rememoraba con sorna “” La sola imagen de mi cabeza embuchada por el queso más nauseabundo del universo conocido, casi me volvió loco. No quería admitir la verdad, por lo que la emprendí con el hombre-cuajo. “” El hombre-cuajo se limitaba a repetir sin atisbo de juicio alguno “.”

Debía escapar de allí, así que pateé la puerta del comedor sin contemplación. El panorama que me esperaba fuera era desolador. Todos los empleados de la empresa me rodeaban, dando pasitos laterales hacia la izquierda y la derecha de forma alternante e incesante, arqueando las piernas, y extendiendo las palmas de las manos hacia mí. Monótonamente farfullaban “” Entre ellos se abrió paso el presidente con su vivaraz pescadilla. En su puño derecho asía un cubo que desprendía un olor repulsivo. Satisfecho me anunciaba “”. Probé desesperadamente a deslizarme entre la multitud, aunque con una facilidad aplastante me abatieron.

No, no conseguí escapar, aunque no salí tan mal parado. De ahí la razón por la que me encuentre ahora mismo en la cámara húmeda del sótano de la Nevera ¿Sabéis que para que fermenten las bacterias , se requiere mucha humedad? Sí, convencí al presidente para que optara mejor por el queso roquefort. Siempre me permitirá ampliar algo más mi abanico social que con el Cabrales, y además, estoy convencido, que no puede haber más de dos o tres personas en el mundo, que les guste más el roquefort que a mí. Efectivamente, soy inclasificable (creo que ha quedado fehacientemente demostrado), aunque apelando a mi faceta práctica, no hay mal que por bien no venga….